

EL MITO DE LA NACIÓN Y OTROS ABUSOS¹

Tiene razón Tomás Pérez Vejo al sostener que es mucho más sencillo trazar el derrotero histórico de una identidad nacional particular que construir un esquema teórico apto para dar cuenta de los rasgos determinantes del abigarrado fenómeno de la nación y de sus múltiples avatares (véase p. 102). En efecto, resulta menos compleja la práctica de una historiografía que toma un caso nacional como un hecho dado y reconstruye el proceso de su formación que la construcción de un marco teórico válido, o al menos heurístico, para más de una situación nacional o regional. Los problemas conceptuales de este segundo tipo de tarea son ingentes y, precisamente por ello, lo primero que habría que expresar respecto del libro *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* es un enorme agradecimiento al autor por la claridad conceptual y la vocación crítica con que acomete tan ardua tarea.

Pérez Vejo es un historiador de profesión, y, contra lo que su propia especialidad parecería conllevar, no construye un relato historiográfico de la idea de nación, sino una genuina teoría crítica del nacionalismo y de sus argumentos anexos. Aunque, pensándolo bien, acaso habría que de-

¹ Sobre el libro de Tomás PÉREZ VEJO: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo, España: Ediciones Nobel, 1999, 241 pp. ISBN 848-97-7052-2.

cir que un buen historiador sólo puede ser aquel que es capaz de hacer entrar el análisis sociológico, la teoría política y las consideraciones filosóficas en su campo de problematización. Por ello, la suya es una propuesta intelectual que interpela a otros científicos sociales y no sólo a los historiadores convencionales, pues el vuelo teórico de su discurso abre la posibilidad de un debate en un nivel de alta abstracción en el que pueden converger distintos intereses y hasta distintas tradiciones de argumentación. Incluso, creo haber encontrado en el libro un modelo filosófico-normativo, cercano al cosmopolitismo y al discurso contemporáneo de los derechos de la persona, que lo hacen un habitante legítimo del dominio de la filosofía política.

El de Pérez Vejo es un argumento montado sobre un amplio conocimiento histórico, pero que pretende, más allá de explicaciones específicas, alcanzar dos metas: formular un modelo teórico para pensar tanto la nación como el nacionalismo y ofrecer una crítica razonada de los abusos políticos de éste. Aunque acaso habría que decir que no se trata de tareas separadas, pues lo que tenemos es un argumento que, en sustancia, denuncia el abuso político inmanente a toda ideología nacionalista, tratando de mostrar que la noción misma de nacionalismo parte de un malentendido histórico y político que, no por tener resultados tangibles y efectivos, deja de ser el efecto de una mirada (a veces voluntariamente) equívoca sobre el pasado y la condición de sujeto de determinados colectivos.

Por ello, se trata de un libro que, como decía Marx al hablar de su explicación, echa mano del análisis histórico sólo cuando éste sirve a los propósitos explicativos de la interpretación teórica, porque lo que interesa principalmente al autor no es levantar el catálogo de las naciones ni trazar la ruta de su genealogía (aunque el título de un capítulo —“El calendario de invención de las naciones”— así parece sugerirlo), sino desmontar críticamente el dispositivo argumental del nacionalismo contemporáneo gracias al aireamiento de sus falacias. Se trata, en pocas palabras, de un argumento de talante ilustrado, que se toma en serio la tarea racionalizadora del trabajo teórico, aun cuando, como

veremos, desconfía de la solución racionalista en materia de construcción de alternativas a la nación y al nacionalismo.

Pérez Vejo hace suya la idea de Benedict Anderson de que la nación “es una comunidad política imaginada, e imaginada como inherentemente limitada y soberana”;² agregando a esta definición ya clásica los atributos (también imaginados) de “espacialidad y atemporalidad” (p. 69). No obstante, ataja cualquier tentación de pensarla como pura artificialidad o como un mero juego simbólico carente de densidad social. Por el contrario, nuestro autor señala que

[...] el nacionalismo no sería el despertar de las naciones a su autoconciencia, sino el proceso mediante el cual se inventan naciones allí donde no las hay. Siempre que despojemos al término invención de cualquier connotación peyorativa o de falsedad y aceptemos lo que toda invención tiene de proceso creativo [...] (p. 13).

Y éste es un punto a su favor, pues con demasiada frecuencia la explicación “imaginaria” de Anderson se toma como el equivalente de una denuncia del carácter ilusorio del fenómeno de las naciones, cuando el verdadero problema reside en que éstas, siendo comunidades imaginadas, se caracterizan por una aplastante materialidad y una capacidad de generación de acción social que ya deseáramos para proyectos de más fuste civilizador.

En este sentido, Pérez Vejo trata de situarse en un punto arquimédico desde el cual se pueda apreciar el contraste entre las visiones naturalistas o primordialistas y las visiones artificialistas de la nación. No se trata de un punto medio, pues considera a las primeras totalmente falaces e inaceptables, mientras que guarda con las segundas un fuerte aire de familia; pero sí se trata de un emplazamiento teórico que le permite construir su concepción de nación y de las ideologías nacionalistas. Para él, y en esto me siento llevado a apoyar su tesis, la nación, siendo construi-

² Benedict ANDERSON: *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres, Nueva York: Verso, 1991, p. 6.

da, no es ficticia. Siendo una estructura simbólica que ha sido un resultado combinatorio entre otros posibles, tiene una materialidad social que se revela en su capacidad de generar cohesión y acción sociales y de amparar bajo su imagen un imaginario social específico de amplia y potente capacidad discursiva.

Pero para Pérez Vejo es diferente construcción social que ficción. Sostiene que toda institución social es construida, y que una nación es una institución social, lo cual es una constatación que parecería un mero elogio a la redundancia (pues cuando todo es construido, poco ganamos en términos de diferenciación al insistir en el carácter de construcción de alguna realidad social), si no fuera porque tiene un fuerte sentido crítico por el contraste que genera: la nación concebida como construcción es un mentís para las visiones naturalistas y esencialistas de ella que están en la base de los discursos nacionalistas de mayor circulación: no existen naciones naturales ni ajenas a la construcción simbólica impulsada por las élites de la cultura y la política.

Así, su crítica del “discurso histórico-nacionalista” introduce en el debate sobre el nacionalismo una claridad y una consistencia inusuales. Sus dos conclusiones centrales me parecen paradigmáticas: una, que postula que la extrapolación historicista de una conciencia nacional contemporánea al pasado es insostenible de cara a la epistemología científica y a la historia crítica (no existen naciones milenarias, aunque casi cualquier comunidad humana se sienta tentada por creer verdadero el reflejo de su imagen prolongado hasta la prehistoria); y la otra, que postula que sencillamente no existe un sujeto-nación único, sin fisuras y con comunidad de propósitos predeterminada (y si tal existencia se hace verosímil es porque el trabajo de la propaganda y la demagogia han logrado, en muchos casos, poner en segundo plano la pluralidad inerradicable de las sociedades modernas).

En este punto es necesario hacer una precisión: la “bestia negra” de Pérez Vejo no son los teóricos de gran calado del nacionalismo esencialista (que definitivamente no existen), sino los políticos e ideólogos del nacionalismo excluyen-

te como el que él encuentra en el País Vasco o en el discurso españolista. En este sentido, pese a la distancia crítica que Pérez Vejo pone respecto de ellos, lo podemos contar entre las filas de Gellner, Hobsbawm y de Anderson, todos ellos críticos del nacionalismo naturalista y excluyente.

Ello explica que, para Pérez Vejo, siendo una realidad construida, una nación se hace también ficticia cuando extrema de manera unilateral alguno de sus rasgos de articulación simbólica (la raza, la lengua, la cultura) y los presenta como cimientos perennes al margen de voluntades particulares, de acciones grupales y de proyectos elitistas estratégicos. En esto radica, en mi opinión, la fuerza de este señalamiento crítico del autor, vale decir, en evitar la validación del nacionalismo como proyecto político sólo por el hecho de reconocer la densa realidad social y la materialidad histórica de la nación. Esta productividad social de la nación como forma moderna de la identidad grupal es un dato aceptable, pero lo que se rechaza es el discurso de la unicidad o fatalidad, del destino histórico y de la sujeción de su pluralidad interna a los fines definidos por una jerarquía o por varias. Pérez Vejo acepta la historia de las naciones, pero rechaza la filosofía de la historia que sobre ellas se ha construido. De allí el homenaje que rinde al “bucle melancólico” de Juaristi.³ “Toda nación es la melancolía por algo que nunca existió” (p. 102).

Aun coincidiendo con prácticamente todos sus argumentos, me ha resultado difícil hacerme cargo del punto de vista del autor respecto del proceso de construcción nacional. Debo decir que lo encuentro claro e incluso elegante, pero difícil de aceptar. Difícil, en efecto, no porque no se pueda uno adherir al aserto de que la nación es una construcción del Estado (en vez de la explicación inversa, tan cara a las demagogias de lo étnico, según la cual el Estado sólo es el momento teleológico del supuesto devenir nacional); tampoco porque careciese de plausibilidad la lectura de la nación como respuesta “identitaria” a los desafíos

³ Jon JUARISTI: *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1977.

enderezados por la modernidad contra los mecanismos tradicionales de cohesión social y de identificación simbólica; ni siquiera incluso porque no pudiera uno refrendar el concepto de "coerción ideológica" que el autor pone en circulación para dar cuenta de la victoria de la "forma nación" por encima de cualquiera otra alternativa de organización colectiva (concepto que, dicho sea de paso, contempla sendos papeles clave para la *intelligentsia* y para la ritualización y parafernalia de las políticas culturales y la historia oficial). La dificultad reside en otra parte.

La dificultad, podría decirse, es más bien epistemológica; porque no se refiere a una inexistente oscuridad del texto, sino a la dudosa consistencia de la respuesta "estética" que se da al dilema de la construcción nacional, es decir, a la dificultad objetiva de articular la sugerente respuesta del autor con las nociones al uso de "discurso literario" o de "estética", en vez de seguir en el terreno de la crítica política al que parecía encaminado su argumento.

Dice Pérez Vejo que

[...] la construcción de una identidad nacional es en gran parte una creación ideológica de tipo literario; y segundo, que las expresiones de este proceso de identificación colectiva pueden ser analizadas de forma más precisa en el campo de la cultura que en el estrictamente político (p. 19).

Es necesario recordar que la identidad nacional sólo puede analizarse como forma de representación colectiva de la nación inventada, por lo que no existe un "objeto nación" que fuera propio del análisis político, y un "objeto identidad", atinente al estudio cultural, sino que, si hacemos caso al autor, las claves de la nación estarían ya en las de la identidad que la instituye y, por ende, el análisis político sólo sería una subespecie del análisis literario o estético.

No existe para el autor una diferencia sustancial entre el proceso de construcción nacional y el surgimiento de una identidad nacional. No hay más nación que la que se experimenta como referente simbólico entre quienes se representan a sí mismos como parte de esa comunidad imaginada. La

pertenencia a la nación se puede presentar como ontológica sólo porque como tal se la “vive”: “El problema de la identidad es un problema de creencias, no de argumentos ideológicos; de vivencias, no de teorías [...]” (p. 219). La nación es así una forma de identidad colectiva, cuyo desciframiento no reside *prima facie* en el código amigo-enemigo propio de la política, o en alguno de los códigos alternativos a éste como el de la pareja consenso-disenso, sino en el código de la producción artística y de sus claves grupales de transmisión y decodificación.

Desde luego, el autor no dice que se trate de un proceso completamente al margen de la política, ni pretendo atribuirle tal intención. Me parece del todo aceptable la idea de que la construcción histórica de la nación se sustancie en procesos de tipo cultural, y señaladamente en relatos o en discursos artístico-simbólicos, que instalan a la literatura o la estética como horizonte de sentido para su comprensión, pero dudo de que el sentido político de los contenidos del nacionalismo se agote en los códigos de la estética.

Desde mi perspectiva, la asignación de prioridad a la elección estética en el proceso de construcción de la identidad nacional relativiza inexorablemente el contenido político del proceso. Dice Pérez Vejo que el proceso ideológico-propagandístico hace que las unidades territoriales generadas por el azar histórico puedan convertirse en naciones:

Estaríamos ante una lógica de funcionamiento muy cercana a la de las modas o movimientos artísticos: sentirse español, o francés, o vasco, o irlandés, o [...] sería sobre todo una cuestión estética, hacer coincidir la imagen de uno mismo con la imagen ideal de esa imaginada comunidad nacional (p. 211).

Tengo para mí que sólo una interpretación muy restringida del proceso político podría eliminar de éste la dimensión existencial (de riesgo de vida o muerte, pero también de definición de lo socialmente valioso), la dimensión simbólica o el peso de las pasiones y las emociones. Cuando se explica la construcción identitaria de la nación como un proceso estético se pierde, desde luego, el peso decisivo

que parece tener en ella la acción política, pues se mediatiza innecesariamente a ésta. Pero el mayor problema epistemológico aparece en el concepto al que se ha desplazado la fuerza simbólica de la construcción, es decir, el concepto de estética.

Pérez Vejo sostiene un concepto de estética y, como derivado de éste, uno de creación literaria, que ameritan un desarrollo que no se ofrece en el libro. Se trata, intuyo, de una concepción de la estética con fuertes resonancias de la ensayística sobre arte y sociedad de T. W. Adorno, pero que, más allá de su discutible adecuación o inadecuación para el caso de las identidades nacionales, no está presente en el trabajo regular de los críticos y analistas literarios, historiadores del arte, semiólogos y profesionales afines. Es, en todo caso, un concepto que merece algo más que una serie de frases contundentes.

Pérez Vejo se hace cargo, creo que inercialmente, de una concepción únicamente racionalista de la política, y por ello limitada. Ello le lleva a suponer que en ésta no caben las emociones identitarias o las identificaciones simbólicas, pues la disuelve en el racionalismo de corte liberal o en los relatos contractualistas basados en la primacía del individuo y en su supuesta racionalidad optimizadora.

Esta concepción de la política y de la estética marca el conjunto de los esquemas binarios que aparecen a lo largo del libro. Es la concepción que le permite mostrar que todo nacionalismo es, en primera o en última instancia, defensa de la nación cultural e incluso étnica, con lo que desestima la distinción, que no es sólo pretendidamente histórica sino también "normativa", entre un nacionalismo de la lengua, la tierra y la sangre y un nacionalismo de principios civiles (atínente a la "nación política") como el defendido por Habermas bajo la enunciación del "patriotismo de la constitución".⁴ Su desconstrucción del supuesto carácter cívico del nacionalismo francés, además de difícil de rebatir, es un aporte original en la conceptualización de la nación,

⁴ Véase Jürgen HABERMAS: *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta, 1998, pp. 628 y 635.

pero parece olvidar la dimensión proyectiva o normativa de la idea de nacionalismo cívico o político, es decir, el carácter regulativo de ese otro discurso sobre la nación que, sumergiéndose en la cultura política de la nación, trata de postular una lealtad colectiva con el sistema de derechos de las personas, el método democrático y las limitaciones al poder político.

También es la concepción que le lleva a las pesimistas conclusiones de que toda nación es un "concepto emotivo" (p. 221), generalmente mistificado y al servicio de élites tergiversadoras del proceso histórico, y de que una "[...] conciencia nacional que defina lo nacional en términos de ciudadanía democrática con un referente estatal está todavía por crearse en la práctica totalidad de los países del mundo, si no en todos" (p. 223). Y he adjetivado la conclusión de Pérez Vejo en el entendido de que "pesimismo" y "optimismo" no son referencias edificantes, sino posiciones respecto de las posibilidades reales de la política.

Al confinar la nación al terreno de la emoción, y al nacionalismo a distintas gradaciones de una única defensa de lo cultural y lo étnico, Pérez Vejo le escatima a la política democrática la posibilidad de reformar el discurso de la nación desde dentro, de pugnar por naciones (y no sólo Estados) de ciudadanos autónomos y corresponsables, y de luchar contra los proyectos dominantes (y acaso por ello inerciales) de nación, que son los culturales o étnicos, en nombre de ese (aceptémoslo) oximoron político que es la nación cívica. Pero justamente la "nación cívica" es un ejemplo de ese tipo de proyecto de futuro compatible con los derechos individuales, el pluralismo y la democracia que el autor echa de menos en las ideologías nacionalistas.

Con todo, la historia moderna de las naciones es también la historia del universalismo político y del discurso de los derechos humanos. Junto con "derechos" tan equívocos (por decir lo menos) como el de la autodeterminación de los pueblos, la modernidad política ha cultivado, en el marco de los Estados-nación, visiones de la justicia y de la democracia que responden a otra construcción no menos imaginaria ni menos relevante que la nación: la persona co-

mo sujeto de derechos. No me parece desatendible el hecho de que su desarrollo se haya dado en forma paralela al de los discursos de la nación. Su incompatibilidad puede, en efecto, ser conceptual, pero su difícil avenencia será necesariamente política.

En el fondo, como puede verse, mi única reserva con las poderosas ideas de Pérez Vejo deriva de su confianza en una noción de estética que arrebató a la acción política mucho de lo que creo ésta debe tener, o, si se quiere, de mi propia idea de política como capaz de colonizar un mundo simbólico como el de los imaginarios nacionalistas, sin que esto vaya en detrimento de su condición de lucha dramática y existencial por el poder.

Jesús RODRÍGUEZ ZEPEDA

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa